

LIBROS

NÚM. 5.

MADRID - JUNIO 1934

Faint, illegible text covering the majority of the page, possibly bleed-through from the reverse side.

1910
MAY 10 1910

AD

Algunas secciones de una biblioteca pública ⁽¹⁾

Dice un autor norteamericano (2) que los libros pueden agruparse en dos categorías: aquellos que han sido escritos para que se lean de una manera continua y aquellos otros cuya función es ser consultados brevemente para resolver una duda o facilitar un informe. De la primera clase sería, por ejemplo, una novela, un libro de viajes, una historia de la filosofía. De la segunda, un diccionario, una enciclopedia. Nosotros admitimos una tercera clase: la que forman los libros que, siendo también para consultar, requieren más largo tiempo, son solicitados por lectores que tienen alguna especialización y que, a veces, por su carácter, no convienen a toda clase de personas. Ejemplo: monografías, estudios muy especializados de materias determinadas; los que tratan de ciertos problemas o lacras sociales, producciones morbosas de la literatura y otros que, razonablemente, no deben interesar sino a la persona que haga estudios o trabajos especiales. Esta división nos lleva a un arreglo práctico en la disposición y distribución que debe darse a las diferentes secciones.

En la biblioteca pública ideal que debe perseguirse en los tiempos modernos las secciones determinadas por los dos primeros grupos deben estar en estantes abiertos, accesibles directamente al lector. En lugares distintos, eso sí; pues el trasiego y movimiento que las consultas de diccionarios y obras semejantes producen es natural que perturbe a los que necesitan o quieren absorberse en una lectura continuada. En las bibliotecas donde escasea el espacio se podrían unir en una sección periódicos, revistas y diccionarios, pues unos y otros son consultados por breve tiempo y producen inevitable movimiento y ruido análogos.

La tercera categoría forma un complejo grupo que debe ser tratado de manera especial. De contar con los medios adecuados (espacio, muebles, personal), lo mejor sería tener una habitación separada, de consulta, con un bibliotecario cuya actuación fuese causa de que este departamento diese el rendimiento máximo. Su preparación y el conocimiento de su sección deberían capacitarle para contestar a las consultas de los lectores de la misma, poniendo en sus manos el material más adecuado para el trabajo que desearan hacer o para el conocimiento que necesitaran adquirir.

El lugar para instalación del departamento de consulta conviene que sea un cuarto algo distanciado de la sala general de lectura, donde siempre son inevitables cierto ruido y movimiento.

(1) Notas del último capítulo de un folleto sobre reglas de catalogación, próximo a publicarse.

(2) E. NELSON: «Las bibliotecas en los Estados Unidos.» Nueva York, 1929.



La hora del cuento, los miércoles por la tarde

Los pequeñitos, rosa y azul, corren por todos los caminos al encuentro de la señorita.

—¿Contas un cuento hoy *tamén*?

—Sí, hoy también. ¿Qué cuento queréis que os cuente?

—¡La *cabita*, señorita, la *cabita*!

—No, no, la *mapirosita*...

—El pajarito...

—El *güevo*, el *güevo*... Yo *quero*...

Sentados en círculo, escuchan. Algunos con la boca abierta y el alma tensa y blanca en los ojos... Otros, comunicando al vecino pensamientos como vilanos, que se deshacen en el aire. Alguno, inquieto y preocupado...

Como el gordo morenillo, que huele a trigo maduro y a sol de verano, y mira fijamente a la señorita, frunciendo el entrecejo, donde guarda su inquietud casi dolorosa...

—¿Te gusta el cuento, querido?

El chiquillo, feliz, porque le han dicho que no hable durante el cuento si no le preguntan, da salida a su bello secreto, emocionado:

—¡Mira los zapatos! ¿Ves? ¡Son nuevos!

Y muestra las sandalias de cuero sobre los pies desnudos y limpios...

* * *

Hoy es más temprano. Aún la pollada azul y rosa se lava las manos y deja peinar sus cabecitas junto a los lavabos llenos de agua...

—¡Dios mío, qué gloria de chicos!—ha dicho la señorita, asomando la cabeza al cuarto de baño—. ¡Y qué chiquitines!

Dos años, tres; algunos, pocos, cuatro...

La nena más chiquita, ¡tan pequeña, que no había vestido a su medida!, se acerca con su mandilón largo, levantada la cabecita como un pollo cuando bebe, y dice:

—Paca, Paca, Paca, Paca...

—¡Yo no soy Paca, guapina! ¿Quién es Paca?

No se sabe quién es. Tal vez alguna hermana mayor, que cuidaba de ella en su casa... Hace sólo ocho días que esta nena ha venido a La Casita...

Los otros nenes se ríen de ella.

—¡Ha *decido* Paca!

Todos miran a la señorita, y uno dice, asociando ideas misteriosas:

—Yo he ido al pinar *uno* día...

—¿Sí?

—¡Y yo *tamén!*

—¡Y yo! Y comí *totilla*.

—¡Y yo *tamén totilla!* Mi mamá hace *totilla* y bacalao.

Resulta que todos han ido al campo y todas las mamás saben hacer tortilla y bacalao. Los nenes ríen contentos de la feliz coincidencia, y miran a la señorita...

Al nene rubio, con la nariz llena de pecas, le acosa de pronto una terrible incertidumbre:

—¿*Tenes* mamá en tu casa?—pregunta a la señorita.

Porque, ¡ay!, si la señorita no tiene mamá en su casa, está expuesta a no ir jamás al pinar y a no comer nunca tortilla y bacalao...

Pero el gordinflón, mayorzote, que ayer ha cumplido cuatro años, se ríe comprensivo:

—¡Qué tonto eres! ¡Su mamá es ella misma!

ENCARNACIÓN DE GORBEA.

Bibliografías que han sido hechas por las alumnas de segundo curso (1933-34)

Obras sobre Vicente Blasco Ibáñez: Blanca Carraceja.

— del Dr. Codina Luque: Matilde García Trost.

— sobre el divorcio: Marina Trullenque.

— sobre España de viajeros extranjeros (siglo XIX): Prudencia García Cabezón.

— sobre la esclavitud: Aurora Gancedo.

— sobre relaciones parentales: Gloria Alique.

— sobre Manuel de Falla: Cecilia Martínez Strong.

— sobre San Juan de la Cruz: Ernestina de Champourcin.

— sobre la mujer y el deporte: Lola Ybarra.

— sobre Santiago Rusiñol: Visitación Martín.

— sobre la Sierra de Guadarrama: Viera Esparza.

— sobre el voto de la mujer en España: María Josefa Busca.

— modernas sobre Felipe II (siglos XIX y XX): Matilde Marquina.

— sobre Juan de la Cosa: Carmela Esparza.

Cuentos para niños originales de autores españoles: Encarnación de Gorbea.

NOTICIAS

Ha vuelto a los Estados Unidos nuestra compañera Laura Smith.

Se ha hecho un pequeño depósito de libros en la escuela "Tomás Bretón", cuya directora, la Srta. Virtudes Luque, se ha prestado gustosa a cooperar a la empresa de difusión de lecturas por que trabaja la asociación LIBROS.

El grupo "Francisco Giner" ha recibido un regalo de dinero para iniciar allí una biblioteca escolar. La directora, doña María Arbós, ha tenido la atención de confiar a LIBROS su arreglo inicial, y varias de nuestras compañeras se ocupan activamente de su clasificación y catalogación.

LOS NIÑOS TIENEN YA QUÉ LEER

¡Cuántas veces nos hemos quedado perplejos al considerar detenidamente las lecturas más generalizadas que se ofrecían a los niños hace unos años, comprobando la falta de creaciones verdaderamente infantiles y bellas en la literatura de los pequeños! Y cuántas veces también nos hemos sentido preocupados y tristes ante el comentario desolado: ¡Qué escasa es la literatura infantil en España!

En la II Feria del Libro ha podido verse clara, gozosamente, el surgir de una preocupación eficaz y activa, no tan sólo porque los niños lean, sino también porque los niños encuentren, en su innata intuición de belleza, lecturas bellas.

Un domingo, festivo de sol, se dedicó la Feria a los niños. En todos los puestos se veían cuentos y libros tentadores para los ojos ávidos e inquietos de las cabecitas llenas de deseos y de admiración.

Una vez conseguido el permiso sonriente de la *persona mayor*, las manitas volvían los montones de libros, en la duda de cuál sería el "más bonito".

Los altavoces de pesadilla despedían en tono agrio y duro las dulces canciones populares infantiles, desfiguradas y horribles; pero el ruido se perdía en el vacío de la inconsciencia auditiva. ¡Todas las atenciones inmensas de los pequeños encarnaban a la realidad con la mirada atónita de los ojos inocentes y brillantes de sol!

* * *

Las "mamitas" de mañana van a tener mucha más suerte que las de ayer.

¡Tener que dejar en las rosadas manecitas, ante los ojillos nuevos, las horribles relaciones de hermanas envidiosas y crueles, de padres criminales, de ogros ansiosos de carne humana, de maridos asesinos por una pequeña indiscreción de la mujer, que guardan cabezas cortadas en charcos de sangre! Es espantoso el peligro de esta lectura de las primeras ensoñaciones, que puede dejar huellas bien



desagradables en las almitas, que después no han de ser sólo almas, sino también y además hombres y mujeres. Y estas lecturas disparatadas han sido con escasas, sí que honrosas excepciones, las de muchos niños durante muchos años.

A los niños debe ir dándoseles una visión clara de la vida, para que no tengan que empezar un buen día—un mal día—a vivir “de repente”. Y esa visión que, por ser de la vida, tiene que tener muchos claroscuros y demasiadas sombras, hay que procurar hacerla lo más exacta posible, pero dentro de lo más sano y menos impuro, de lo más bello y más noblemente natural y lógico.

Y para esta tarea ímproba, difícil y constante, con constancia de minuto a minuto, en la vida de los hijos, las madres de mañana van a tener una colaboradora eficaz en la literatura infantil que se ha iniciado entre nosotros. Y además, podrán prescindir de traducciones al mismo tiempo que de lecturas desagradables, dando a los chiquillos algo fundamental: literatura propia, en consonancia perfecta de sentimientos, con espíritu de raza bien española.

Recordamos con esa melancolía dulzona que añora la afectividad inconsciente al héroe simpatiquísimo del italiano Collodi, que Calleja nos hizo conocer en las célebres “Aventuras de Pinocho”; recordamos también, con paladeo de agua fresca y clara, las deliciosas narraciones populares, saladísimas, de los “Cuentos para niños”, del Padre Coloma. “Corazón” nos hizo llorar muchas veces, y además nos aburría un poco.

Salvo estas excepciones y algún que otro libro, prueba fehaciente para la reflexión recién estrenada de que nuestros padres fueron un día niños, no recordamos más que traducciones de cuentos horripilantes o insulsos.

Hemos salido, pues, de la infancia con ansia de bellos cuentos inalcanzados. Y por eso, sin duda, leemos, con la atención reverente que pone la intención, los cuentos nuevos que caen en nuestras manos.

¡Qué delicia abismarse en el aislamiento de una lectura plena en su infantilidad de ternura humana y de puerilidad pensadora! ¡Qué gratitud y que admiración despierta por los cultivadores de este género literario, acaso el más difícil por su complejidad!

Nos referimos sólo a lo que pudiera llamarse “literatura de los niños”, es decir, a los cuentos. Las biografías reducidas, los libros instructivos son como un complemento de la educación cultural. En cuanto a las obras maestras universales, arregladas y extractadas para los niños, merecen nuestro respetuoso pero firme reparo.

Para recreo y gozo de las primeras escapadas hacia lo atrayente, porque no es lo poseído, han surgido en España, en los últimos años, manifestaciones muy interesantes de literatura infantil. La Casa Calleja ha dado una serie de cuentos con nuevas aventuras ingeniosas del narigudo muñeco de madera. El primitivo libro italiano tiene, desde luego, más “intención” de infancia-prototipo. Esta misma editorial ha publicado las aventuras de las creaciones de Bartolozzi:



“Pipo y Pipa”. Emiliano Ramírez Angel y Magda Donato, entre otros, nos han regalado con la pulcritud de sus cuentos sencillos.

Pero con los que realmente hemos sentido vibrar esa sensibilidad quintaesenciada que percibe toda exquisitez, regalo perenne, aunque desconocido, que en el fondo más recóndito de nuestro sentir dejó la infancia, ha sido con los cuentos de Antoniorrobes y con los episodios inimitables de la vida de “Celia”.

Son los cuentos de Antoniorrobes un prodigio de originalidad y buen gusto. No obstante, Elena Fortún nos parece más completa en su estilo, por la profunda humanidad de sus narraciones. En “Celia” nos da, con esa facilidad falsamente fácil de que nos hablaron, con ese artificio necesario para que la obra de arte resulte “natural”, la vida—cualquier vida—de una niña como casi todas las niñas: ingenua e inocente sin afectaciones; traviesa e imaginativa dentro de lo normal; generosa con ese desprendimiento tan lógico en los niños impresionables y que a los mayores nos parece siempre excesivo. No cabe más sencillez y más verismo.

Y sin quererlo, las páginas de “Celia” nos van dibujando poco a poco, con toda nitidez, la personalidad acusada, de firmes y dulces rasgos, de profunda y cultivada sensibilidad, que ha producido tan bella obra.

Y aquí tenéis que son Celia y sus hermanitos, como primeras y decisivas muestras del ingenio inagotable y fecundo de su autora, quienes nos han hecho sentir en este “Día del Niño” de la Feria del Libro el gozo de que los niños de ahora ya tienen qué leer... El gozo de que los niños de mañana, entre los que estarán acaso los nuestros, tendrán qué leer...

Madrid, mayo 1934.

ELENA DE LA VEGA.



